



Juan A. Ortega y Medina

“México a raíz de la Independencia”

p. 375-380

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

México a raíz de la Independencia

375

El *Diario y correspondencia*¹ del joven viajero y diplomático norteamericano Edward T. Tayloe, merece ser situado, dada su importancia, entre las famosas *Notas de Poinsett* y el *México, lo que fue y lo que es* de Brantz Mayer. El diario, publicado ahora por el benemérito hispanoamericanista C. H. Gardiner, viene a completar la importante serie de impresiones viajeras (norteamericanas e inglesas) relativas al México de la primera mitad del siglo XIX. El contenido del libro no arroja mayores novedades, si lo comparamos con el de otras obras importantes de la serie –además de las ya citadas líneas arriba–; empero él ilustra mejor que cualquier otro el último o penúltimo acto de la trágica y tenaz pugna anglohispanica (modernidad-misoneísmo), en su proyección regional o continental: oposición americano-mexicana. Los dos nuevos actores antagonicos tuvieron conciencia de la respectiva herencia cultural y política; pero sólo uno de ellos (México) desdeñará peligrosamente –consideradas las circunstancias– el pasado tradicional, y románticamente intentará sustituirlo por un ilusionado “neoaztequismo” ya imperial o republicano.

Todo individuo así como toda nación pueden hacer lo que quieran en su pasado; lo malo del caso es que los otros, por debajo de los atuendos o disfra-

1 Edward Thornton Tayloe, *México, 1825-1828*, ed. de C. Harvey Gardiner, The University of North Carolina Press, 1959, 212 p.

ces histórico-políticos, siempre verán la vitanda criatura histórica con la que vinieron bregando desde siglos atrás. Tayloe, por tradición sureño, tenía cabal conciencia de sus orígenes y de los del contrario; bajo la toga republicana que vestía México, se le clareaba la condenada criatura hispánica; lo que justificará, a sus ojos de viajero, la animosidad previa. México era, en efecto, una república; mas una aristocrática república que ponía, pues, en ridículo la republicanidad, tal y como la vivía y sentía sobriamente el indignado censor republicano: de raíz heterodoxa protestante, de inspiración ilustrada progresista y liberal. Tenía Tayloe 22 años cuando pisó la tierra mexicana, y dilató su estancia en ella por 33 meses; vino en calidad de secretario privado de Poinsett, y en este delicado empleo se manejó hábilmente y perfeccionó además sus conocimientos de historia hispanoamericana y de lenguas romances, el español particularmente. A pesar de estos conocimientos o, por mejor decir, justo por ellos, el espectáculo del México católico y suigénéricamente republicano y derrochador, le resultaba extraño e insultante: rezago viviente del *ancien régime*.

Sin descartar la posibilidad de tornar más adelante sobre este punto, diremos ahora que el diario y las cartas familiares intercaladas en éste se presentan al lector divididos en siete capítulos, los cuales están significativa y graciosamente intitulados así: I) Entrada (33 p.); II) La ciudad de México (24 p.); III) Olla podrida (36 p.); IV) Lo urbano y lo rural (19 p.); V) Minas, política y vida social (24 p.); VI) Asuntos nacionales e internacionales (28 p.) y VII) Partida (10 p.). Hay además un excelente y necesario Prólogo (14 p.) del editor, así como un Epílogo (7 p.) del mismo, en el cual, después de proporcionarnos los datos biográficos del autor y de presentarnos la historia del manuscrito (diario y cartas), nos explica que ha integrado los materiales –deseo expreso, por otra parte, del propio Tayloe– sobre una base cronológica, para que el lector pueda fácilmente distinguir la naturaleza de los escritos intercalados. El editor no ha descuidado tampoco el renglón importante de las notas explicativas, las cuales son todas muy importantes y necesarias para la identificación de lugares, personajes y acontecimientos pretéritos. Fuera del texto nos presenta asimismo un apéndice a base de siete itinerarios o recorridos del viajero por el interior de la república; y por si fuera todavía poco, realiza una inteligente correlación entre las descripciones de Tayloe y las de otros viajeros de entonces.

La división capitular nos proporciona ya la temática; pero hay que tener presente que los temas obedecen, por fuerza, a las circunstancias eventuales

de todo progreso viajero. El tema constante que como ritornelo se repite una y otra vez, es el de la degradación de las instituciones republicanas. Como ya adelantamos, el espectáculo que presentaba al respecto México, resultaba para Tayloe intolerable, desconcertante, extraño. Hay que imaginarse lo que serían para una mente como la de Tayloe, entrenada en el rígido formalismo calvinista y en el republicanismo federalista y conservador de Boston, los contrastes que presentaba el país: los restos ensoberbecidos de la antigua nobleza colonial, junto a la nueva clase media burguesa e insurgente; las riquezas suntuarias y de manos muertas (hurtadas al tráfico), riquezas viciosas, frente y contra la miseria del pueblo; la escandalosa abundancia de iglesias y conventos, cabe a las pocas fábricas y talleres; la idolatría católica de los más, en avasalladora oposición al deísmo racionalista de los menos; la indolencia, las bárbaras costumbres y el intolerable desconfort, en oposición a los hábitos y virtudes prácticas del propio viajero: actividad, progreso, confort y ascetismo intramundano. ¡Pero qué podría esperarse de un país –pensaba Tayloe– en donde hasta el presidente, Guadalupe Victoria, y el gobierno y el congreso en pleno acudían a la catedral para celebrar la canonización del santo nacional, Felipe de Jesús! (p. 113).

Con todo, Tayloe no era pesimista; a pesar de estos defectos y errores, observaba que las instituciones republicanas se habían consolidado (p. 178), si bien existían ciertas amenazas o “secretas instigaciones” que promovía la Santa Alianza contra la república. A las amenazas del exterior había que sumar las provenientes del interior; a saber, las que desataban los españoles por medio de las conspiraciones: la del padre Arenas, por ejemplo. Tayloe aconseja la liquidación total del pasado para poder levantar la nueva república de la degradación moral en que estaba hundida por causa de los españoles (p. 69). Se hacía, pues, urgente y necesarísima la expulsión de estos indeseables corruptores. ¡Sólo así reinaría la paz! y Tayloe insiste una y otra vez en la necesidad compulsoria de tan saludable medida (p. 156, 161, 175, 178). Dicha catarsis política acendraría el republicanismo mexicano, porque vendría también acompañada –compensatoriamente– del contacto más propio y puro con otros extranjeros: norteamericanos principalmente, máximos modelos de moralidad y éxito republicanos. De este modo, desterrados los males, la libertad republicana brillaría intensamente destruyendo tinieblas y desterrando para siempre los vicios; verbigracia la holganza, el juego, las riñas de gallos y la abominable costumbre del cigarrillo entre las mujeres (p. 69). Insistiendo aun

más en su optimismo republicano, le satisface ver que México, y con él las demás naciones hispanoamericanas, iban entrando, a pesar de todas las dificultades, en el gran cónclave de la “familia federal de América” (p. 157). Es decir, que pese a las intrigas santialianceras y al egoísmo británico, los latinoamericanos consolidaban su situación política frente a Europa, apoyándose para ello en la triple base de lo republicano, lo federal y lo geográfico: eco monreiano de Tayloe (p. 157).

El joven diplomático hace votos por la presencia de su jefe en el Congreso de Panamá (y en el que se convocó después en Tacubaya, que no se llevó a cabo) como representante de la Unión Americana; porque él estimaba que nadie mejor que Poinsett conocía los problemas hispanoamericanos y sabía sacar partido de los recelos políticos de las repúblicas indoibéricas: “Nuestros hermanos hispanoamericanos –escribe Tayloe–, como son muy celosos de nosotros, tienen que ser halagados para que así podamos hacer con ellos lo que nos plazca” (p. 119). Tayloe pensaba cómo sacar partido de la rivalidad, por entonces establecida, entre la Gran Colombia y México.

También se hace portavoz el viajero de la competencia diplomática mantenida entre la representación inglesa y la norteamericana en la capital de México; le duele la inclinación no disimulada que sentía el gobierno de Guadalupe Victoria por Inglaterra, en detrimento de la Unión. Tayloe lamenta que a pesar de las alusiones “electrizantes” de Poinsett, que hablaba en nombre de la auténtica “soberanía del pueblo”, la gente prestaba más atención a lo que decía Ward, el ministro inglés, a pesar de que de su boca no salían sino alabanzas para su rey y señor (p. 80). Se indignaba asimismo el activo secretario privado, porque pese a la ayuda que prestaba su jefe al progresivo mejoramiento del país, por medio de las ideas liberales que sustentaba y difundía, y merced también a la “fuerte ayuda que dio a la masonería” mexicana (p. 89, 161, 164), a la mera hora de la gratitud se aplaudía a Inglaterra y se olvidaban de Norteamérica, no obstante haberse adelantado a su rival en el reconocimiento de México (p. 88). La fuente de todas las acerbas críticas de Tayloe contra los ministros (Alamán, Tornel, Esteva, Camacho), contra el presidente y, en general, contra el inmoral cuerpo administrativo de la nación (p. 71, 72, 152, 154, 158), radicaba en la preponderancia y el prestigio alcanzados en México por Inglaterra. Para el joven diplomático sólo existía la posibilidad que pudiera proporcionar el general Vicente Guerrero, “hombre astuto y de sano juicio”, que merecía todos los plácemes a pesar de su “sangre

africana” y de su “escasa instrucción”. Escribiendo Tayloe el 18 de abril de 1827, a su querido hermano Benjamin, le pronostica que en las próximas elecciones ocuparía Guerrero la Presidencia. ¡Y no se equivocó, efectivamente, el inteligente viajero...! (p. 156-159).

Es de todo punto imposible glosar todos los temas que nos salen al paso durante la lectura, mas el lector acucioso dejará de leer con delectación las críticas amargas de Tayloe sobre el presupuesto de guerra, que dejaba exhaustas las arcas de la nación (p. 150), o le seguirá en sus censuras sobre la marina nacional, jefaturada entonces por “un coronel de caballería” (véase, pues, que el antecedente resulta clásico). Según Tayloe, los *manejos* de Michelena habían culminado en la secreta operación de meterse un bergantín de guerra en el bolsillo –el viajero y diplomático no sabía nada de la misteriosa compra del famoso submarino–, y con indignación rasga sus vestiduras, a lo clásico, proclamando ciceronianamente: “!O tempora, o mores!” “¿Podrá, acaso –continúa– subsistir una república sin ‘virtud’? Montesquieu dice que no. ¿Cuál será, pues, el destino de México?” (p. 154).

La catedral de México le parece imponente y riquísima; la Villa de Guadalupe queda designada como la “Meca de los mexicanos” (p. 66), alusión intencionalmente peyorativa. No faltan, por supuesto, en el diario, juicios amables acerca de la capital y de su traza característica, sobre sus paseos, casas, palacios y templos. El paisaje, el clima delicioso de México y la franca hospitalidad campirana producen a Tayloe el máximo placer, aunque no escasean, como siempre, críticas por el roído o nulo confort que halló en las ventas y mesones de los caminos, por los que cabalgó incesantemente en procura de inversiones y especulaciones mineras (Toluca, Pachuca, Guanajuato, Michoacán). Nuestro inquieto viajero llevó también a cabo otras excursiones menos interesadas; como buen norteamericano se sintió atraído –influencia humboldtiana sin duda– por ciertos lugares históricos y arqueológicos de México (Tetzcuzingo, Teotihuacan, Texcoco, Cholula), y aunque las culturas prehispánicas no le sorprendieron mayormente, se mostró al menos interesado en las manifestaciones culturales indígenas que tanto diferían de lo que él conocía al respecto en su propio país (p. 107). La Coatlicue le parece a este neoclásico sureño norteamericano un “hórrido conjunto de deformidades” (p. 58); opinión artística que pone de manifiesto su incompreensión histórico-estética.

Como escribe el editor Gardiner, no hay nada en Tayloe –cosa extraña en un viajero, que por añadidura es norteamericano– de toros, ni de funerales

ni arrieros (p. 16); pero no faltan opiniones frente a la insólita novedad mexicana, aunque éstas, en términos generales, son más bien comprensivas y sanamente críticas: suciedad de las calles (las del extrarradio sobre todo); ignorancia del pueblo; abundancia de léperos, mendigos y rateros; chocante arrogancia de la infatuada y ya decadente aristocracia.

Por último, sólo nos resta referirnos, aunque sea brevemente, a las fuentes bibliográficas de Tayloe, que son pocas: en primer lugar hay que poner el famoso *Ensayo sobre la Nueva España* de Humboldt, un autor al que acude y confirma muchas veces, y al que otras ataca por el excesivo entusiasmo que raya en las extravagancias (p. 62); en segundo lugar hay que situar las ediciones, por entonces novedosísimas, de Cortés, Herrera, Torquemada, Solís y Clavijero. No son muchas, como bien observará el lector; pero eran las mejores de que, por aquel tiempo, se podía echar mano.

En suma, el diario de Tayloe es importante por la luz que presta a una década tan interesante de la historia nacional independiente, como lo fue la de los veintes del siglo XIX.